

Una semana en Provenza

Bartolomé Leal, Febrero 2009

Viernes 13: Cojo el tren de alta velocidad en el aeropuerto Charles de Gaulle en París, directo hacia Avignon, sin detenerme en la “ciudad luz”. En tres horas y media llego a la “ciudad de los Papas”. En París nieva (habitual en febrero) y a medida que el tren (raudo y silencioso) se adentra en el sur, el paisaje comienza a enverdecer, hasta que el sol se adueña del cielo y la uniforme blancura da paso a los detalles: árboles, praderas, casas... Arribado a Avignon, salgo a la intemperie. El sol me saluda, pero también el mistral, un viento enérgico y gélido, una marca territorial del país provenzal. Distingo, sonriente y aterida, a mi querida amiga Onelia Cardettini, doctora en geografía y analista política, investigadora literaria y restauradora de edificaciones vetustas, experta en arte galo-romano y dueña de Théo, un negro gato mimado, ya venerable en años.

Nuestra visita se inicia en Orange, la *Arausio* de los romanos, que la fundan el 35 AEC, como centro de operaciones de la segunda legión galo-romana. Quedan para la posteridad un Arco de Triunfo de tres arcadas y un Teatro Antiguo para nueve mil espectadores; según Onelia, destinado a representaciones de comedias para mantener entretenidas a las tropas. El Teatro se apoya sobre una colina que es un bello parque, rico en arboledas frondosas. La ciudad ha tenido vicisitudes, en la Edad Media fue asolada por la peste negra. Onelia me hace descubrir el trazado de la ciudad romana, con sus cruces de “vías”. En la noche nos bajamos una botella de Sablet Côtes-du-Rhone Village.

Sábado 14: Es un día entero para Avignon. La grandeza del palacio de los Papas y su turbia historia. Al otro lado del río Ródano se halla Villeneuve-les-Avignon, que era territorio de Francia, mientras Avignon lo era de Italia (el Vaticano). Ciudad hermosa y elegante, rica en memorias y paseos. El puente existe, como en la canción. Incompleto, víctima de sucesivas crecidas, se detiene frente a un islote (Barthelasse) donde en otros tiempos se hacían fiestas y carnavales. Al otro lado queda sólo la Torre de Felipe el Hermoso. El Pont Saint-Bénézet unía el palacio papal con la orilla izquierda, y se abría o cerraba según las veleidades de la política. Acoge a dos notables capillas, una dedicada a San Nicolás. Prodigiosa es la catedral de Notre-Dame-des Doms. El patrono de Avignon es Saint Agricola obispo, hijo de obispo, un nombre que homenaja la tradición vitivinícola de la zona. Como es día de San Valentín, y en honor a los amores pasados, presentes y futuros, nos bajamos con Onelia una botella de champagne Veuve-Cliqot.

Domingo 15: Nîmes y Arles, ciudades de arte. Ambas conservan sendos circos romanos, que daban cabida a quince y veinte mil personas respectivamente. ¡No se hable de los espectáculos de masas como algo nuevo! Nîmes no tiene demasiado ángel, aparte de su arena y un pequeño y grácil templo greco-romano llamado Maison Carrée (casa cuadrada). Pero ambos valen el paseo. Para mí el momento es memorable porque al fin logro engullir un *croque-monsieur*, tradicional sándwich caliente de queso y jamón en pan de miga, que sirvió a Roland Barthes de pretexto para escribir un texto célebre. Desfilan iglesias medievales, castillos, palacios, hoteles (casas señoriales), puentes.

Arles (*Arelate* en latín) sí es un prodigio, en su época un poblado que conocieron y elogiaron Gauguin y Van Gogh. Todo allí recuerda a la escuela impresionista. Tras extraviarnos en los laberintos arlesianos, tomamos el té en una pequeña plaza (que albergó al foro romano) frente a un escenario que pintó Van Gogh en un cuadro admirable. Entramos al Hotel-Dieu, el manicomio donde Van Gogh fue encerrado por su hermano Théo (ver ilustración). Hay mucho más en esta jornada, visitamos un monumento no demasiado conocido aunque para un ingeniero es un prodigio: el Pont du Gard, gigantesco acueducto romano que traía el agua desde las montañas a los más bien secos valles de Provenza. De vuelta, ya al atardecer, una parada en Tarascon, la ciudad de la cual Tartarin, ese loco sublime creado por Alphonse Daudet, partió en su quijotesco periplo al África. Tarascon es un monstruo mitológico de grande jeta que todavía causa pavor. En la cena, un gran vino blanco: Seguret Côtes-du-Rhone.

Lunes 16: Por la mañana, escalada a la colina donde se yerguen las ruinas del castillo de Châteauneuf-du-Pape, lugar de veraneo del eclesiástico señor de Avignon, construido por Juan XXII en el siglo XIV, y desde cuya cima hacía la vigilancia de sus viñedos. Las piedras del castillo fueron depredadas desde tiempos remotos para construir casas. Hasta hoy es reputado como el lugar donde se producen los mejores mostos del mundo. Mi amiga Onelia tiene una casa allí, con un pequeño y encantador jardín, donde algún día plantará viñas y creará su propia marca, con derecho a la apelación Châteauneuf-du-Pape. Hay un lugar estratégico en ese jardín desde donde se divisan las torres del palacio papal de Avignon. Por cierto, le hacemos honor a un vino de la zona, un blanco recomendado por Mme Serre, ex viñatera, propietaria de la mejor tienda de vinos y quesos del pueblo.

La tarde es de museos en Avignon. El Petit Palais, que guarda una colección interesante de arte medieval, especialmente pinturas. Notable la colección de Gian Pietro Campana, rico *amateur* decimonónico del arte. Veo un Judas de aureola negra, una Última Cena anterior en varios siglos a la de Leonardo, bellos cuadros de Paolo Veneziano, Simone Martini, Tadeo Gaddi. Las joyas del museo: una María Magdalena de Benozzo Gozzoli y una juvenil “Virgen con el Niño” de Botticelli. Luego, el Musée Lapidaire, dedicado al arte antiguo. Entre la profusión de mármol greco-romano y galo-romano, una colección egipcia. Quedo fascinado con un etéreo hipopótamo de alabastro, de la V Dinastía (2.500 AEC).

Martes 17: Onelia me lleva a un pueblo hundido, primor desconocido. Se trata de Caderousse, que para evitar las crecidas del Ródano, se dotó a mediados del siglo XIX de un dique elíptico, de tres metros de alto, que le rodea. El interior es limpio, intocado, eterno (no puede crecer). Sólo dos puertas permiten el acceso. Le llaman la “Isla Verde”. Una iglesia gótica vigila y el edificio municipal dieciochesco marca los niveles que alcanzó el agua. Misterioso es el Château de Montfaucon, propiedad privada que desde una colina cubierta de bosques advierte severamente de no aproximarse. Roquemaure (la roca de los moros), fortaleza donde murió un Papa, muestra también defensas contra inundaciones y asaltos. Para evitar ser atacados por el “síndrome de Stendhal”, nos dedicamos a la degustación en diversos viñedos de la zona.

Miércoles 18: Es hora de acercarse a las montañas, a las avanzadas de los Alpes que ocupan el horizonte. El pico más prominente (casi 2.000 metros) se llama el Ventoux, siempre nevado y rodeado de nubes. El Petrarca lo escaló en 1.300 algo y escribió sobre él. La región se llama Vaucluse (*Voconce* en latín). En Courthézon vemos otro castillo papal, enorme y derruido, rodeado por una sólida muralla que protege los viñedos. Jonquières también testimonia de las veleidades del río (su nombre hace referencia a los juncos). El paisaje es diferente, más agricultura, uvas de mesa, árboles frutales, olivos. Otro *terroir*, como se dice en Provenza.

De allí a Carpentras, extraordinaria ciudad que fue importante en el Imperio Romano y parte del dominio vaticano. Un Arco de Triunfo, ahogado entre construcciones, muestra la escena insólita de unos galos encadenados por los conquistadores. Marca también el trazado urbano romano, tema en el que Onelia es versada. Ciudad protegida, menos expuesta al gélido y tenaz mistral. La capilla de los Penitentes Negros, del siglo XIV, exclusiva para enfermos y delincuentes, lleva en su frontis el letrero: *Liberté, Egalité, Fraternité*. Recuerdo de la revolución francesa. Hasta hace poco era un taller de carpintería. Visitamos la sinagoga de Carpentras, la más antigua de Francia y anterior a la época papal. Por allí estuvo la *juiverie* (barrio judío). Fue refugio para los creyentes de la zona, en época de las modernas persecuciones (el régimen de Vichy). Cerca se halla la monumental iglesia catedral, que exhibe un bello frontis románico, preñado de mensajes extraños. Cansados, le hacemos a otro Châteauneuf-du-Pape, tinto esta vez.

Jueves 19: Finalizamos nuestro breve periplo con una joya: Vaison la Romaine, donde se funden lo galo (*Vasio* es su nombre original, capital de una tribu gala), lo romano (baños, teatro, puentes, acueducto, foro) y lo medieval (castillo del siglo XII, catedral), en un entorno rocoso dominado por la estrecha garganta que ocupa el torrentoso río Ouvèze y un cerro, el Pyumin. No me dan las palabras para describirlo. “El viaje más lindo de mi vida”, le digo a Onelia mientras monto al tren en Avignon, de vuelta al martirologio. Ríe como sabe hacerlo, desafiando al mistral con sus carcajadas.

